

ACOSADO

KEVIN HEARNE

timun**mas**

CAPÍTULO I

Vivir veintiún siglos tiene muchas ventajas, y una de las principales es poder ser testigo del raro acontecimiento de la aparición de un genio. Con alguna que otra variación, la cosa siempre funciona así: de pronto alguien desprecia todo el peso de su tradición cultural, pasa por alto las miradas torvas de las autoridades y hace algo que todos sus compatriotas consideran propio de locos. De todos ellos, Galileo siempre ha sido mi favorito. Después vendría Van Gogh, pero ése sí que estaba loco de atar.

Gracias a la Diosa, no tengo pinta de haber conocido a Galileo, ni de haber asistido a los estrenos de Shakespeare, ni de haber cabalgado con las hordas de Gengis Kan. Cuando la gente me pregunta la edad, les respondo sin más que veintiuno. Si dan por hecho que me refiero a años, en vez de a décadas o siglos, no es culpa mía, ¿verdad? De hecho, todavía me piden el carné, algo que, como podría confirmar cualquier persona con cierta edad, resulta bastante halagador.

Esta pinta de jovencito irlandés que tengo no me viene demasiado bien cuando se trata de parecer un erudito en el trabajo —llevo una librería de ocultismo con una minibotica en un rincón—, pero tiene una ventaja que merece la pena destacar. Cuando voy a la carnicería, por poner un ejemplo, y la gente me ve con el pelo rizado y pelirrojo, la piel blanca y la perilla larga, inmediatamente imaginan que juego al fútbol y bebo cerveza Guinness por litros. Si llevo una camiseta sin mangas y ven los tatuajes que me cubren todo el brazo derecho, dan

por hecho que toco en un grupo de rock y que fumo maría sin parar. Ni se les pasa por la cabeza que podría ser un anciano druida, y ésta es la principal razón por la que me gusta mi aspecto. Si me dejara una barba blanca y llevara un sombrero puntiagudo, si me envolviera en un aire respetable y sagaz y anduviera por ahí iluminado por una luz beatífica, más de uno podría hacerse una idea equivocada, o no tan equivocada.

A veces se me olvida la pinta que tengo y hago algo que no encaja demasiado con mi personaje, como canturrear una cancioncilla pastoril en arameo mientras hago cola en el Starbucks. Pero lo bonito de vivir en Estados Unidos es que la gente, una de dos, o tiende a hacer caso omiso de los excéntricos o se muda a las afueras para huir de ellos.

Eso habría sido impensable en los viejos tiempos. En aquel entonces, la gente que era diferente acababa en la hoguera o muerta a pedradas. Hoy en día ser diferente también tiene sus inconvenientes, por supuesto, y por eso mismo me esfuerzo tanto en pasar inadvertido. Pero, dado que los inconvenientes suelen limitarse a un poco de acoso y discriminación, se aprecia una gran mejora respecto a morir para procurar entretenimiento al pueblo llano.

Y es que vivir en el mundo moderno está lleno de ventajas de ese tipo. Muchas de las almas más veteranas que conozco piensan que el gran atractivo de la modernidad reside en sus buenos inventos, como las tuberías que van por dentro de las paredes o las gafas de sol. Sin embargo, para mí, el verdadero atractivo de Estados Unidos consiste en que, en general, es un país impío. Cuando era más joven y andaba huyendo de los romanos, era imposible dar un solo paso por Europa sin tropezarse con una piedra consagrada al dios tal o cual. Pero aquí, en Arizona, de lo único que tengo que preocuparme es de algún encuentro aislado con Coyote, y la verdad es que hasta me cae bien. (No tiene nada que ver con Thor, para empezar, y eso solo ya es motivo para llevarse bien con él. Los universitarios de por aquí describirían a Thor como un «auténtico mamón» si tuvieran la mala suerte de cruzarse con él.)

Todavía mejor que la baja densidad de dioses en Arizona es la ausencia casi total de hados. Y no me refero a esas criaturitas aladas

tan monas que Disney presenta como «hadas». De lo que yo estoy hablando es de los Fae, los Sidhe, las criaturas feéricas, los verdaderos descendientes de los Tuatha Dé Danann, nacidos en Tír na nÓg, la tierra de la eterna juventud, todos los cuales se muestran tan dispuestos a descuartizarte como a abrazarte. No me gustan demasiado, así que intento instalarme en lugares a los que les cueste llegar. En el Viejo Mundo cuentan con todo tipo de entradas a la tierra, pero en el Nuevo Mundo necesitan roble, fresno y espino para hacer el viaje, y en Arizona éstos no son árboles demasiado comunes. He encontrado un par de sitios donde los hay, como las Montañas Blancas, cerca de la frontera con Nuevo Méjico, y en una zona ribereña próxima a Tucson, pero están a más de ciento cincuenta kilómetros de mi asfaltado vecindario cercano a la universidad de Tempe. Calculé las probabilidades de que los Fae entraran en el mundo por ahí y luego cruzaran un desierto pelado con el único fin de encontrar a un druida solitario. Como me parecieron bastante pequeñas, cuando encontré este lugar a finales de los noventa decidí quedarme hasta que empezara a despertar las sospechas de los vecinos.

Durante más de una década resultó ser una decisión buenísima. Me creé una nueva identidad, alquilé un local, colgué un cartel que decía «El Tercer Ojo. Libros y hierbas» (en alusión a las creencias védicas y budistas, porque pensé que un nombre celta sería como hacer señales luminosas a quien me buscara) y compré una casita en el vecindario, a la que podía ir en bicicleta.

Vendía cristales de adivinación y cartas de tarot a los universitarios que querían escandalizar a sus padres protestantes, un montón de libros ridículos con «hechizos» para los cursis aficionados a la Wicca, y unas cuantas hierbas medicinales para aquellos que intentaban librarse de ir al médico. Incluso tenía en catálogo exhaustivas obras sobre la magia druida, todas ellas basadas en reinterpretaciones victorianas, todas ellas una auténtica basura y fuente de gran diversión para mí cada vez que vendía alguna. Algo así como una vez al mes tenía un cliente que buscaba magia seria, interesado en algún grimorio fidedigno, cosas en las que uno no se mete o ni siquiera sabe que existen a no ser que ya tenga ciertos conocimientos. La mayoría de los

libros raros los vendía por Internet, otra de las mejoras importantes de los tiempos modernos.

Pero, cuando creé mi identidad y establecí mi negocio, no me di cuenta de lo fácil que sería encontrarme haciendo una simple búsqueda en los archivos públicos de la red. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que alguno de los antiguos lo intentara —pensé que me buscarían con una bola de cristal o algún otro método de adivinación, pero jamás utilizando Internet—, así que no fui todo lo cuidadoso que debería haber sido al elegir mi nombre. Tendría que haberme bautizado John Smith o algo así, triste y anodino al mismo tiempo, pero mi orgullo no me permitía usar un nombre cristiano. Así que opté por O'Sullivan, la versión inglesa de mi verdadero apellido, y para el día a día me decanté por Atticus, de origen claramente griego. Así y todo, un supuesto veinteañero apellidado O'Sullivan, que tenía una librería sobre ocultismo y vendía obras especialmente raras de las que no tenía por qué saber nada, fue suficiente información para que los Fae me encontraran.

Un viernes, tres semanas antes de Samhain, me atacaron delante de mi tienda cuando salía para ir a comer. El silbido de una espada cortando el aire a la altura de mis rodillas y un «¡Ahí te va eso!»: así empezó todo. Su propio impulso hizo trastabillar al Fae cuando salté por encima de la espada. Sin perder un segundo, le estampé el codo izquierdo en plena cara cuando intentaba recuperarse. El resultado fue un Fae menos, pero quedaban cuatro más en la cola.

Gracias a los dioses de las tinieblas por bendecirme con esta paranoia. Yo prefería considerarla un hábito de supervivencia que una enfermedad neurótica; era la hoja cortante de un cuchillo, afilada durante siglos en la muela de Aquellos que Quieren Verme Muerto. Gracias a ella llevaba un amuleto de hierro frío al cuello, y rodeaba mi tienda no sólo con barrotes de hierro, sino también con conjuros mágicos diseñados para mantener a raya a los Fae y otros indeseables por el estilo. Gracias a ella me entrené en las técnicas del combate sin armas y puse a prueba mi velocidad con vampiros. Fue la paranoia lo que en más de una ocasión me salvó de matones como los que me atacaban en ese momento.

Quizá la palabra «matón» les quede un poco grande, pues denota abundancia de tejido muscular y notable carencia de intelecto. Estos tipos no tenían pinta de haber pisado un gimnasio en su vida ni de haber oído hablar de esteroides anabólicos. Eran flacos y enclenques, y habían decidido disfrazarse de corredores de *cross*, con el pecho descubierto y vestidos únicamente con un pantalón corto granate y zapatillas deportivas de las caras. Si alguien hubiera pasado por allí en ese momento, le habría parecido que intentaban golpearme con unas escobas, pero eso no era más que el encantamiento con el que habían disimulado sus armas. Las partes afiladas se ocultaban entre las cerdas, así que, si yo no hubiera podido ver a través de sus ilusiones ópticas, cuál no habría sido mi mortal sorpresa cuando las inofensivas escobas me hubieran desgarrado los órganos vitales. Dado que sí podía ver a través de los encantamientos de las criaturas feéricas, me di cuenta de que dos de mis cuatro enemigos restantes llevaban lanzas, y uno de ellos se me acercaba por la derecha. Debajo de su apariencia humana, eran como cualquier otra criatura feérica del montón; es decir, sin alas, ligeras de ropa y con ese tipo de belleza andrógina, como Orlando Bloom haciendo de Legolas o esos modelos que salen en los anuncios de productos de belleza. Los dos que llevaban las lanzas me atacaron por los dos costados al mismo tiempo, pero desvié las puntas con las manos y las lanzas me pasaron por delante y por detrás. Entonces me lancé hacia el de la derecha y le pegué en la nuez con el antebrazo. Con la tráquea rota, respirar se convierte en una acción complicada. Dos menos. Pero eran rápidos y ágiles, y sus ojos oscuros distaban de mostrar clemencia.

Al atacar al Fae me había quedado con la espalda al descubierto, así que me volví de un salto y levanté el brazo para bloquear el golpe que sabía que estaba a punto de caerme por la izquierda. No me equivocaba; una espada bajaba hacia mi cráneo y la paré en lo alto. El metal se hundió hasta el hueso y puedo decir que aquello dolía, pero ni comparación con lo que me podría haber dolido. Con una mueca de sufrimiento, me adelanté para propinar a la criatura feérica un buen golpe en todo el plexo solar con la mano abierta. Cayó contra la pared de la tienda, la que estaba protegida por los barrotes de

hierro. Tres menos. Dedicué una sonrisa a los dos restantes, que ya no mostraban tanto entusiasmo por atacarme. Tres de sus compinches habían acabado envenenados al entrar en contacto con mi magia, aparte de físicamente machacados. Mi amuleto de hierro frío estaba ligado a mi aura, y seguro que para entonces ya se habían dado cuenta: yo era una especie de druida del hierro, la peor de sus pesadillas hecha carne y hueso. Mi primera víctima ya se había desintegrado en ceniza, y las otras dos no tardarían mucho en comprobar que no somos más que polvo.

Con una patada al aire me descalcé las sandalias que llevaba y retrocedí un poco hacia la calle, de forma que las criaturas feéricas quedaran con la pared llena de hierro a su espalda. Además de ser una buena estrategia, me acercaba a una franja estrecha de hierba que había entre la calzada y la acera, de donde podría absorber la fuerza de la tierra para cerrarme la herida y acabar con el dolor. Ya me preocuparía más tarde por coser el tejido muscular. Lo más urgente era detener la hemorragia, pues había demasiadas cosas espeluznantes que un mago enemigo podía hacer con mi sangre.

Al mismo tiempo que pisaba la hierba y absorbía su poder para curarme, envié una llamada —una especie de mensaje instantáneo a través de la tierra— a un elemental de hierro que conocía, informándole que tenía a dos criaturas feéricas ante mis ojos, por si le apetecía un tentempié. No tardaría en responderme, porque la tierra está ligada a mí tal como yo estoy ligada a ella, pero quizá le llevara un momento. Para ganar tiempo, interrogué a mis asaltantes.

—Sólo por curiosidad, chicos, ¿vuestra intención era capturarme o matarme?

El que estaba a la izquierda, con una espada corta en la mano derecha, creyó más apropiado gruñirme una orden que darme una respuesta.

—¡Dinos dónde está la espada!

—¿Qué espada? ¿La que tienes en la mano? Todavía la tienes en la mano, tontorrón.

—¡Ya sabes qué espada! ¡*Fragarach*, la que responde!

—Ni idea de lo que estás hablando. —Negué con la cabeza—.

¿Quién os envía, chicos? ¿Estáis seguros de que no os habéis equivocado de tipo?

—Segurísimos —contestó en tono sarcástico el de la espada—. Llevas tatuajes druídicos y puedes ver a través de nuestros encantamientos.

—¡Pero si mucha gente metida en la magia puede hacer eso! Y no hace falta ser druida para apreciar un bonito diseño celta. Pensadlo un momento, amigos. Habéis venido a preguntarme por una espada, pero es evidente que no tengo ninguna, porque si no ya la habría utilizado. Lo único que digo es que os paréis a pensar que tal vez os hayan enviado aquí a morir. ¿Estáis seguros de que los motivos de la persona que os envía son completamente puros?

—¿A morir? —El de la espada resopló ante lo ridículo de mi insinuación—. ¿Siendo cinco contra uno?

—Ahora mismo sois dos contra uno, por si te has perdido la parte en que maté a tres de los tuyos. Quizá la persona que os envió ya sabía que iba a ser así.

—¡Aenghus Óg jamás nos haría eso! —exclamó el de la espada, y así se confirmaron mis sospechas. Había conseguido un nombre, y era un nombre que me perseguía desde hacía milenios—. ¡Somos de su misma sangre!

—Aenghus Óg arrebató la casa a su propio padre. ¿Qué importancia tiene el parentesco para alguien como él? Escuchad, yo ya he vivido esta situación, pero para vosotros es la primera vez. El único amor del dios celta del amor es el que se profesa a sí mismo. Nunca pierde el tiempo ni pone en peligro su magnífica figura en una misión de reconocimiento, así que, cada vez que cree que ha dado conmigo, manda a una panda de sus vástagos de usar y tirar. Si vuelven con vida, es la prueba de que en realidad no era yo, ¿lo entendéis?

La expresión de sus rostros reflejaba que sí empezaban a entenderlo. Se agazaparon en actitud defensiva, pero ya era demasiado tarde y ni siquiera estaban mirando a donde tenían que mirar. Los barrotes que recorrían la pared de mi tienda se habían fundido silenciosamente a su espalda y se habían convertido en unas fauces de afilados colmillos de hierro. La enorme boca negra se extendió hacia ellos y se

cerró con un chasquido, mascando la carne de las criaturas feéricas como si estuvieran hechas de queso fresco. Después se las tragó cual gelatina, sin darles apenas tiempo para lanzar un último grito de sorpresa. Las armas cayeron al suelo con un repiqueteo metálico, sin hechizo alguno que las ocultara. La boca de hierro volvió a fundirse en los barrotes habituales, después de dedicarme una rápida sonrisa satisfecha.

Recibí un mensaje del elemental de hierro antes de que se desvaneciera, en esos estallidos breves de emociones e imágenes que tienen por lenguaje: *Druida llama. Criaturas feéricas esperan. Delicioso. Gratitude.*

CAPÍTULO 2

Miré alrededor para ver si había testigos de la pelea, pero no andaba nadie cerca: era la hora de comer. Mi tienda queda al sur de la universidad, en la avenida Ash, y todos los locales para comer están al norte de las facultades, por las avenidas de Ash y Mill.

Recogí las armas de la acera y abrí la puerta de la tienda, sonriendo para mis adentros al ver el letrero de «SALÍ A COMER». Lo giré para que se leyera «ABIERTO»; tal vez pudiera aprovechar y vender algo, ya que iba a tener que quedarme a limpiar. Me dirigí a la zona de té, llené una jarra de agua y me miré el brazo. Todavía lo tenía rojo e hinchado por el corte, pero estaba curándose bien y había anulado el dolor. De todos modos, no me pareció prudente arriesgarme a que se me desgarrara el músculo por llevar agua, así que tendría que hacer dos viajes. Dejando la jarra sobre el mostrador, cogí un bote de lejía de debajo del fregadero y salí afuera. Eché lejía en cada mancha de sangre y después volví en busca de la jarra, para hacer desaparecer todo rastro de la pelea.

Ya había acabado de limpiar las manchas de sangre con magnífico resultado, y volvía para guardar la jarra en su sitio, cuando un cuervo gigantesco entró volando en la tienda detrás de mí. Se posó en un busto de Ganesha, extendió las alas y ahuecó las plumas con un agresivo gesto de exhibición. Se trataba de Morrigan, diosa celta de la muerte y la destrucción, y se dirigió a mí con mi nombre irlandés.

—Siodhachan Ó Suileabháin —graznó con aire dramático—, tenemos que hablar.

—¿No puedes adoptar forma humana? —respondí, mientras colocaba la jarra en un estante para que se secase. Al girarme, descubrí una salpicadura de sangre en mi amuleto y me lo quité para limpiarlo—. Me dan escalofríos cuando me hablas así. El pico de las aves no está diseñado para pronunciar fricativas, ¿sabes?

—No he viajado hasta aquí para recibir una lección de lingüística —repuso Morrigan—. Malos augurios me traen. Aenghus Óg sabe que estás aquí.

—Pues vaya noticia, eso ya lo sabía. ¿No acabas de ocuparte de cinco criaturas feéricas muertas? —Dejé el collar en el mostrador y cogí una toalla para secarlo con toquécitos suaves.

—Se las mandé a Manannan Mac Lir —contestó, refiriéndose al dios celta que acompaña a los vivos a la tierra de los muertos—. Pero eso no es todo. Aenghus Óg va a venir en persona, incluso podría estar ya de camino.

Me quedé inmóvil.

—¿Estás segura? —pregunté—. ¿Lo que dices está basado en pruebas sólidas?

El cuervo aleteó con gesto irritado y graznó.

—Si esperas a las pruebas, será demasiado tarde —repuso.

Sentí que me invadía el alivio y me liberé de toda la tensión que me agarrotaba la espalda.

—Ah, o sea que es un augurio vago.

—No, el augurio era muy concreto —me contradijo Morrigan—. Una fatalidad mortal se cierne sobre ti en este lugar y tienes que huir si quieres evitarla.

—¿Ves? Otra vez lo mismo. Todos los años te pones así cuando se acerca Samhain. Si no es Thor que viene por mí, es uno de los olímpicos. ¿Te acuerdas de la historia del año pasado? Que si Apolo se había ofendido porque me había asociado con los equipos universitarios de Sun Devil...

—Esta vez es diferente.

—... sin tener en cuenta que yo ni siquiera voy a la universidad, sólo trabajo cerca. Pero el dios iba a venir en su carro dorado y me iba a dejar hecho un acerico de flechas.

El cuervo se movió pesadamente sobre el busto, con aire incómodo.

—En aquel momento parecía una interpretación razonable.

—¿Que la deidad griega del sol se sintiera ofendida por la relación indirecta de un viejo druida con la mascota de una universidad en el otro lado del planeta parecía razonable?

—Los puntos esenciales eran correctos, Siodhachan. Te dispararon.

—Unos críos me pincharon las ruedas de la bicicleta con unos dardos, Morrigan. Creo que tal vez exageraras un poco la amenaza.

—Da igual. No puedes quedarte aquí. Los presagios son funestos.

—Está bien. —Suspiré, resignado—. Cuéntame lo que viste.

—Hace poco estaba hablando con Aenghus...

—¿Has hablado con él? —Si hubiera estado comiendo, me habría atragantado en ese punto—. Pensaba que os odiabais.

—Y nos odiamos. Pero eso no significa que seamos incapaces de mantener una conversación. Yo estaba descansando en Tír na nÓg, agotada después de un viaje a Mesopotamia. ¿Has pasado por allí hace poco? Es un deporte magnífico.

—Con todos mis respetos, pero ahora los mortales lo llaman Irak, y no, no paso por allí desde hace siglos.

Las ideas de Morrigan y las mías sobre hacer deporte no tenían nada que ver. Como diosa de la destrucción que es, nada le gusta más que una guerra que nunca acaba. Sale por ahí con Kali y las valquirias, y lo pasan de muerte en el campo de batalla. Yo, por mi parte, dejé de pensar que las guerras eran divertidísimas después de las Cruzadas. Últimamente soy más de béisbol. Quise saber más.

—¿Qué te dijo Aenghus?

—Se limitó a sonreír y a decirme que cuidara de mis amigos.

Enarqué las cejas.

—¿Es que tienes amigos?

—Claro que no. —El cuervo erizó las plumas y se mostró ofendido ante la mera sugerencia—. Bueno, Hécate puede ser divertida a veces y últimamente pasamos mucho tiempo juntas. Pero creo que se refería a ti.

Morrigan y yo tenemos una especie de trato (aunque es demasiado vago para mi gusto): ella no vendrá a buscarme mientras mi existen-

cia siga haciendo que Aenghus Óg se retuerza de furia. No puede decirse que sea una amistad —ella no es el tipo de criatura que permite cosas así—, pero ya nos conocemos desde hace mucho tiempo y de vez en cuando aparece para mantenerme a salvo de problemas. En una ocasión, cuando me sacaba de la batalla de Gabhra, me explicó: «Para mí resultaría un poco embarazoso que te decapitaran y aun así no murieras. Tendría que dar más de una explicación: la negligencia en el cumplimiento del deber es difícil de justificar. Así que, a partir de ahora, no me obligues a llevarte tu vida para guardar las apariencias.» En aquella época, yo todavía tenía sed de sangre y la fuerza palpitaba en mis tatuajes. Por aquel entonces formaba parte de los *fianna* y no había nada que me apeteciera más que darle una buena lección a ese niño malcriado del rey Cairbre. Pero Morrigan ya había escogido un bando, y cuando una diosa de la muerte te dice que abandones la batalla, la abandonas. Desde que me ganó la enemistad de Aenghus Óg hace tantos siglos, ella siempre ha intentado advertirme de los peligros mortales que se cruzan en mi camino. Aunque de vez en cuando exagera la gravedad de las amenazas, supongo que debería estarle agradecido porque nunca las subestima ni se olvida de avisarme.

—A lo mejor sólo quería jugar contigo, Morrigan. Aenghus es así.

—Lo sé muy bien. Por eso consulté el vuelo de los cuervos y descubrí que no presagiaban nada bueno en relación a tu posición aquí. —Puse una mueca, pero Morrigan continuó antes de que me diera tiempo a decir nada—: Sabía que con ese augurio no te bastaría, así que, para conseguir algo más concreto, lancé los palos.

—Vaya.

Estaba sorprendido. Tenía que reconocer que se había tomado muchas molestias. Hay muchas formas de echar los palos, leer las runas o practicar cualquier otro tipo de adivinación, como diferentes maneras de interpretar el futuro en hechos aleatorios. Por mi parte, prefiero todos esos métodos al estudio del vuelo de los pájaros o el movimiento de las nubes, porque al menos mi implicación en la práctica centra lo aleatorio en mí. Los pájaros vuelan porque quieren comer, o aparearse, o coger una rama para su nido; y no puedo dejar

de pensar que es una completa ridiculez buscar una relación entre eso y mi futuro o el de cualquier otra persona. Como es lógico, lanzar unos palitos y hacer una predicción tampoco es que sea mucho mejor, pero al menos sé que mi acción y mi voluntad en el ritual pueden llamar la atención de la Fortuna, para que se detenga y diga: «Aquí está lo que te espera en la próxima escena.»

También había druidas que sacrificaban animales y leían el futuro en sus entrañas. Yo siempre lo consideré demasiado sucio, además de que había que desperdiciar un buen pollo, una ternera o lo que fuera. Hoy en día le gente piensa en esas prácticas y dice: «¡Qué cruel! ¿Por qué no se hacían vegetarianos como yo?» Pero la creencia drúidica permite disfrutar de una feliz vida de ultratumba e incluso un viaje, o diez, de vuelta a la tierra. Dado que el alma nunca muere, clavar el cuchillo en un trozo de carne de esto o lo otro no es un asunto de tanta importancia. De todos modos, a mí nunca me convenció eso de los sacrificios. Hay formas mucho más limpias y más fiables de echar un vistazo bajo las faldas de la Fortuna. Los druidas como yo utilizan veinte palos que guardan en una bolsa. Todos tienen tallado un signo Ogham que representa uno de los veinte árboles nativos de Irlanda, y poseen un gran poder profético. Muy parecido a como se hace con el tarot, los palos se interpretan según el sentido en el que caen respecto al adivinador. Hay una serie de significados positivos si caen hacia arriba y otros tantos significados negativos si lo hacen hacia abajo. Sin mirar, el adivinador saca cinco palos de la bolsa y los tira al suelo delante de él. Después, trata de interpretar el mensaje según su posición.

—¿Y cómo cayeron? —pregunté a Morrigan.

—Cuatro estaban talados —respondió Morrigan y esperó a que asimilara la respuesta. No me aguardaban buenos tiempos.

—Entiendo. ¿Y qué árboles fueron los que te hablaron?

Morrigan se quedó mirándome como si, al oír las palabras que estaba a punto de pronunciar, fuera a desmayarme como uno de esos personajes encorsetados de Jane Austen.

—*Fearn. Tinne. Ngetal. Ura. Idho.*

Aliso, acebo, junco, brezo y tejo. El primero representaba un gue-

rrero y era, al mismo tiempo, el de interpretación más clara y el más vago. Todos los demás sugerían que al guerrero en cuestión, fuera quien fuese, le iban a ocurrir todo tipo de penurias. El acebo anunciaba retos y pruebas más que duras, el junco destilaba miedo, el brezo advertía de sorpresas y el tejo profetizaba la muerte.

—Vaya —repuse, con el tono más despreocupado que pude fingir—. Y, en concreto, ¿cómo cayeron el aliso y el tejo uno respecto al otro?

—El tejo se cruzaba sobre el aliso.

Bueno, eso era bastante esclarecedor. El guerrero iba a morir. Se sorprendería, sentiría auténtico pavor y se resistiría como un loco, pero su muerte era inevitable. Morrigan se dio cuenta de que el pronóstico empezaba a calarme.

—Entonces, ¿adónde vas a ir? —me preguntó.

—Todavía no lo he decidido.

—Hay lugares bastante solitarios en el desierto de Mojave —sugirió, poniendo un ligero énfasis en el topónimo.

Supongo que intentaba impresionarme con sus conocimientos de geografía norteamericana, después de haberse liado con aquello de Irak. Me pregunté si le sonaría de algo la disolución de la antigua Yugoslavia, o si sabría que ahora Transilvania forma parte de Rumanía. Muchas veces, los inmortales no prestan demasiada atención a la actualidad.

—Lo que quiero decir, Morrigan, es que todavía no he decidido marcharme.

El cuervo posado en el busto de Ganesha no dijo nada, pero sus ojos refulgieron en rojo y tengo que admitir que eso hizo que me sintiera un poco incómodo. Ni por asomo era mi amiga. Algún día —y bien podría ser aquél— decidiría que yo ya había vivido más que suficiente y que me había vuelto demasiado arrogante, y eso significaría mi final.

—Dame sólo unos minutos para pensar en el augurio —dije, y al instante me di cuenta de que tendría que haber elegido mejor las palabras.

Allí estaban otra vez los ojos rojos y la voz del cuervo resonó aún

más grave que antes, con unos armónicos menores que me pusieron los pelos de punta.

—¿Pretendes comparar tus dotes de adivinación con los míos?

—No, no —me apresuré a asegurarle—. Sólo estoy intentando seguirte, no es más que eso. Ahora voy a pensar en voz alta, ¿vale? El palo del aliso, el guerrero, no tiene por qué referirse a mí, ¿no?

El brillo rojo de los ojos se fue apagando hasta dar paso a un negro más natural, y Morrigan desplazó el peso de una pata a otra, impaciente.

—Por supuesto que no —contestó con su voz normal. Los armónicos habían desaparecido—. En teoría, podría ser cualquiera que se enfrente a ti, si te impones. Pero estaba pensando en ti cuando lancé los palos, por lo que es más probable que el aliso te represente a ti. Se acerca una batalla, quieras o no.

—Pero ésta es mi duda: hace siglos que me permites vivir porque eso saca de quicio a Aenghus Óg. Seguramente, Aenghus y yo estamos relacionados de alguna forma en tu cabeza. Así que, cuando arrojaste los palos, ¿no es posible que Aenghus Óg también estuviera en tus pensamientos?

Morrigan lanzó un graznido y bajó a la trompa de Ganesha de un saltito; después pegó otro salto a la cabeza del busto y estiró un poco las alas. Sabía la respuesta, pero no le gustaba porque adivinaba adónde quería llegar.

—Es posible, sí —reconoció con un hilo de voz—. Pero poco probable.

—Pero tienes que admitir, Morrigan, que también es poco probable que Aenghus Óg salga de Tír na nÓg para darme caza en persona. Es mucho más fácil que envíe a algún esbirro, como lleva haciendo desde hace siglos.

Los puntos fuertes de Aenghus incluían el encanto y los contactos; dicho de otro modo, hacer que la gente lo quisiera tanto que se ofreciera para hacerle cualquier favor, como matar a los druidas díscolos. A lo largo de los años había enviado para que acabaran conmigo a prácticamente todos los matones y asesinos que uno pueda imaginar (mis favoritos siempre fueron los mamelucos egipcios, con sus came-

llos). Parecía que se había dado cuenta de que perseguirme en persona lo dejaría en mal lugar, dado que siempre me las ingeniaba para seguir con vida. Quizá en mi voz se reflejara cierta suficiencia cuando añadí:

—Puedo ocuparme de cualquier Fae menor que decida mandar a liquidarme, como acabo de demostrar hace solo un momento.

El cuervo saltó del busto de Ganesha y echó a volar directo hacia mi cara. Antes de que tuviera tiempo de taparme los ojos, se desintegró en pleno aire y se transformó en una escultural mujer desnuda, de piel blanca como la leche y cabellos negros como el azabache. Ésa era la versión seductora de Morrigan y me había pillado de improviso. Con sólo olerla mi cuerpo ya reaccionaba, sin necesidad de que llegara a tocarme. Para cuando recorrió la corta distancia que nos separaba, ya estaba más que impaciente por invitarla a mi casa. O allí mismo también me valía, donde estábamos y sin esperar un segundo más, junto al mostrador. Me envolvió los hombros con un brazo y me arañó la nuca con suavidad. Me estremecí de pies a cabeza sin poder evitarlo. Al notarlo, se dibujó una sonrisa en la comisura de sus labios y pegó su cuerpo al mío. Apoyada en mí, me susurró al oído:

—¿Y qué pasa si envía un súcubo para que te asesine, mi viejo y sabio druida? No durarías ni un minuto si conociera esta debilidad tuya.

Escuché lo que me decía y en un pequeño rincón de mi cerebro me di cuenta de que podía ser importante, pero la mayor parte de mi cuerpo sólo podía concentrarse en cómo me hacía sentir. Morrigan se apartó de golpe y yo intenté agarrarla, pero me propinó tal bofetada que me desplomé. Sin más miramiento, me dijo que me espabilara.

Me espabilé. El olor que me había embriagado había desaparecido, y el dolor que se extendía desde mi mejilla anulaba todo el deseo que pudiera haber sentido un segundo antes.

—Vaya. Gracias, estaba a punto de ponerme como un mandril en celo.

—Esa vulnerabilidad que tienes es muy grave, Siodhachan. A Aenghus le bastaría con pagar a una mujer mortal para que le hiciera el trabajo sucio.

—Ya lo intentó la última vez que estuve en Italia —repuse, mientras me agarraba a la esquina del fregadero para incorporarme. Morrigan no es de las que te tienden la mano—. Y también tuve que enfrentarme a súcubos. Tengo un amuleto para protegerme de esas cosas.

—Entonces, ¿por qué no lo llevas?

—Me lo acababa de quitar para limpiarlo. Además, en la tienda y en mi casa estoy a salvo de los Fae.

—Es evidente que no, druida, porque aquí me tienes.

Sí, allí la tenía, completamente desnuda. Iba a producirse una situación un poco extraña si alguien entraba en ese momento.

—Disculpa, Morrigan. Estoy a salvo de todo excepto de los Tuatha Dé Danann. Si teijas con atención, percibirás los amarres que he puesto por toda la tienda. Tendrían que resistir contra los Fae menores y cualquier otra cosa que pueda venir del infierno.

Morrigan echó la cabeza hacia atrás y quedó con la mirada perdida por un momento. Fue justo entonces cuando a un par de universitarios sin suerte les dio por entrar en la tienda. Me di cuenta de que estaban borrachos, a pesar de que era primera hora de la tarde. Tenían el pelo grasiento y vestían camisetas de grupos de música y pantalones vaqueros. Hacía unos cuantos días que no se afeitaban. Ya conocía a los de su calaña: porreros que se preguntaban si escondería algo fumable entre las hierbas medicinales. Esas conversaciones siempre solían empezar con ellos preguntándome si mis hierbas tenían propiedades medicinales. Después de mi respuesta afirmativa, me preguntaban si tenía algo con propiedades alucinógenas. Lo que solía hacer era venderles una bolsa de salvia y tomillo bautizada con algún nombre exótico y los dejaba marcharse tan campante, porque nunca he sentido ningún escrúpulo a la hora de quedarme con el dinero de los imbéciles. Por su parte, se ganaban un buen dolor de cabeza y ya no volvían más. Lo que temía era que aquellos chicos vieran a Morrigan y no vivieran para contarlo.

Y así fue. Uno de ellos, que llevaba una camiseta de Meat Loaf, vio a Morrigan en medio de la tienda, una auténtica diosa con el culo al aire y los brazos en jarras, y la señaló para que la viera su amigo, el de la camiseta de Iron Maiden.

—¡Colega, que esa tía está desnuda! —exclamó el de Meat Loaf.

—¡Uau! —fue la reacción del de Iron Maiden, que se bajó un poco las gafas de sol para poder disfrutar mejor de las vistas—. Y encima está buena.

—Oye, bombón —dijo el de Meat Loaf, avanzando un par de pasos hacia ella—. Si necesitas un poco de ropa, yo estaría encantado de quitarme los pantalones por ti.

El valiente y su amigo se echaron a reír como si aquello fuera lo más gracioso que habían oído jamás y disparaban los «ja, ja, ja» como proyectiles. Sonaban como cabras, pero con menos cerebro.

Los ojos de Morrigan se incendiaron en rojo y yo levanté las manos.

—No, Morrigan, por favor, en mi tienda no. Si tengo que limpiarlo todo después, va a ser un buen lío.

—Deben morir por su impertinencia —repuso ella, y en su voz volvían a resonar esos armónicos que ponían los pelos de punta.

Cualquiera que sepa algo sobre mitología sabe que acosar sexualmente a una diosa equivale a un suicidio. Y, si no, pensad en lo que hizo Artemisa a aquel tipo que sin querer la sorprendió bañándose.

—Entiendo que tal insulto debe ser reparado —reconocí—, pero si te ocuparas de eso en cualquier otro sitio que no me complicara la vida todavía más, apreciaría enormemente el detalle.

—Está bien —me concedió entre dientes—. De todos modos, acabo de comer.

Se volvió hacia los porreros y les ofreció la visión completa de la parte delantera. En un primer momento estaban encantados: miraban más abajo de los ojos de la diosa y no habían descubierto su brillo rojo. Pero, cuando ella les habló, su voz sobrenatural hizo temblar los cristales. Subieron de golpe la mirada hacia su rostro y descubrieron que no estaban ante la típica chica desmadrada.

—Arreglad vuestros asuntos, mortales —tronó, al mismo tiempo que una ráfaga de viento (sí, el viento soplando dentro de mi tienda) les echaba el pelo hacia atrás—. Esta noche devoraré vuestro corazón por la ofensa que me habéis infligido. Así jura Morrigan. —A mí me sonó un poco melodramático, pero uno no anda criticando la oratoria de una diosa de la muerte.

—Colega, ¿de qué va esto? —chilló el de Iron Maiden, con una voz un par de octavas por encima de su tono anterior.

—No lo sé, tío —contestó el de Meat Loaf—, pero a mí se me ha bajado. Más bien se me está encogiendo.

En su prisa por marcharse, tropezaron entre ellos.

Morrigan los observó irse con la atención de un depredador, y me mantuve en silencio mientras ella seguía la huida con la mirada, incluso a través de las paredes. Por fin se volvió hacia mí.

—Son criaturas corrompidas. Se han envilecido a sí mismos.

Asentí.

—Así es, pero seguramente no te ofrecerán demasiada diversión.

No iba a ponerme a defenderlos o a suplicar por un aplazamiento de su ejecución; lo más que podía hacer era sugerir que no merecían las molestias.

—Eso es verdad —reconoció ella—. No son más que sombras despreciables de auténticos hombres. De todos modos, morirán esta noche. Lo he jurado.

Bueno, estaba bien, pensé suspirando para mis adentros. Al menos lo había intentado.

Morrigan se tranquilizó y volvió a concentrarse en mí.

—Las defensas que tienes aquí sorprenden por su sutileza y su fuerza inusual —declaró, y yo asentí como muestra de agradecimiento—. Pero no te servirán de nada contra los Tuatha Dé Danann. Te aconsejo que partas de inmediato.

Apreté los labios y me tomé un momento para escoger las palabras con cuidado.

—Aprecio tu consejo y estaré eternamente agradecido por tu interés en mi supervivencia, pero no se me ocurre un lugar mejor para defenderme. He corrido durante dos milenios, Morrigan, y estoy cansado. Si Aenghus de verdad tiene la intención de venir por mí, dejemos que venga. Será tan débil aquí como en cualquier otro lugar de la tierra. Ya es hora de que lo solucionemos.

Morrigan ladeó la cabeza.

—¿De verdad te enfrentaría a él en este plano?

—Sí, estoy decidido.

No lo estaba tanto, pero Morrigan no destaca precisamente por su capacidad de descubrir faroles. Es más conocida por sus matanzas caprichosas y sus torturas en nombre de la diversión.

Morrigan suspiró.

—Opino que tal decisión tiene más de inconsciencia que de valentía, pero que así sea. Déjame ver ese amuleto que tú llamas defensa.

—Con mucho gusto. No obstante, ¿te importaría cubrirte, para evitar posibles conmociones a más mortales?

Morrigan se permitió una sonrisita. Parecía una modelo de Victoria's Secret, y el sol que entraba por la ventana acariciaba y resaltaba su piel suave e inmaculada, tan blanca como si estuviera hecha de azúcar.

—Es sólo esta época de mojigatos la que convierte la desnudez en un vicio. Pero quizá lo más sabio sea doblegarse a las costumbres locales por el momento.

Hizo un gesto, y se materializó una túnica negra que envolvió su cuerpo. Le sonreí agradecido y cogí el amuleto del mostrador.

Tal vez fuera más preciso describirlo como un collar con talismanes, pero no como esos dijes que llevan las pulseritas de Tiffany. Éstos son talismanes que pueden lanzar en un instante un hechizo que, de otra manera, a mí me llevaría mucho tiempo. Tardé 750 años en terminar el collar, porque lo hice a partir de un amuleto de hierro frío diseñado para protegerme contra los Fae y otros practicantes de la magia. Los intentos continuos de Aenghus Óg por matarme lo habían hecho necesario. Había ligado el amuleto a mi aura en un proceso espantoso que yo mismo me inventé. Al final, mereció la pena cada uno de los segundos que le dediqué. Para cualquiera de los Fae menores, me convertía en un ser invencible. Como son seres de magia pura, no pueden soportar el hierro en ninguna de sus formas: el hierro es la antítesis de la magia, una de las principales razones por las que la magia casi desapareció del mundo a partir de la Edad de Hierro. Me había costado 300 años ligar el amuleto a mi aura, lo que me garantizaba una protección excelente y, literalmente, un puño mortal en cuanto entraba en contacto con un Fae. Los 450 años restantes los dediqué a construir los talismanes y a encontrar la forma

de que mi magia funcionara tan cerca del hierro y de mi nueva aura contaminada.

Había un problema con los Tuatha Dé Danann: no eran seres de magia pura, como sus descendientes nacidos en la tierra de las criaturas feéricas, sino seres de este mundo que, sencillamente, manejaban la magia mejor que todos los demás y que, mucho tiempo atrás, habían sido elevado al estatus de dioses por los irlandeses. Así que los barrotes de hierro que rodeaban mi tienda no tenían ningún efecto sobre Morrigan ni los de su especie, ni tampoco mi aura lograría dañarlos de forma alguna. Lo único que se lograba con el hierro era equilibrar un poco la balanza, de forma que su magia no me arrollara: tenían que rebajarse al ataque físico si querían infligirme cualquier daño.

Ésa, más que ninguna otra, era la razón por la que yo seguía con vida. Salvo Morrigan, los Tuatha Dé Danann detestaban verse envueltos en combates físicos, porque eran tan vulnerables como yo a una estocada bien dada. Gracias a la magia, habían prolongado su vida a lo largo de milenios (al igual que yo había evitado los estragos de la edad), pero su final podía producirse violentamente, como les había sucedido a Lugh, Nuada y algunas deidades más. Por eso eran tan proclives a utilizar mercenarios, venenos y otras formas cobardes de atacar cuando su magia no resultaba suficiente, y Aenghus Óg ya había probado prácticamente todas esas cosas contra mí.

—Impresionante —dijo Morrigan, con el amuleto en la mano y sacudiendo la cabeza.

—No es una defensa perfecta —señalé—, pero es bastante buena, aunque no esté bien que yo lo diga.

Levantó la vista hacia mí.

—¿Cómo lo hiciste?

Me encogí de hombros.

—Con paciencia, sobre todo. El hierro puede doblarse a tu voluntad, si tu voluntad es más fuerte que el hierro. Pero es un proceso lento y laborioso que dura siglos, y se necesita la ayuda de un elemental.

—¿Qué le pasa cuando cambias de forma?

—Se encoge o aumenta en proporción. Fue lo primero que aprendí a hacer con él.

—Nunca había visto nada parecido. —Morrigan arrugó la frente—. ¿Quién te enseñó esta magia?

—Nadie. Es un método mío.

—Entonces me lo enseñarás, druida. —No me lo estaba pidiendo.

No respondí al momento, sino que bajé la vista hacia el collar y cogí uno de los talismanes. Era un cuadrado de plata con una forma en bajorrelieve que recordaba a un salmón, y lo levanté para que Morrigan pudiera estudiarlo.

—Este talismán, cuando se activa, me permite respirar debajo del agua y nadar como si ése fuera mi elemento natural. Funciona junto con el amuleto de hierro que está aquí en el centro, el cual me protege de las tretas de las Selkies, las sirenas y demás. En el mar sólo me supera Manannan Mac Lir. Tardé más de doscientos años en perfeccionarlo, y éste no es más que uno de los muchos valiosísimos talismanes del collar. ¿Qué me ofreces a cambio de tal conocimiento?

—Tu existencia prolongada —masculló Morrigan.

Sabía que me respondería algo por el estilo. Morrigan nunca había destacado por su diplomacia.

—Ése es un buen comienzo para las negociaciones —repuse—. ¿Lo formalizamos? Yo te enseñaré este nuevo druidismo, creado con gran esfuerzo a lo largo de muchos siglos de ensayo y error, a cambio de que olvides mi mortalidad por el resto de los tiempos. En otras palabras, no me llevarás nunca.

—¿Estás pidiéndome la auténtica inmortalidad?

—Y a cambio recibirás una magia que te convertirá en un ser supremo entre todos los Tuatha Dé Danann.

—Ya soy un ser supremo, druida —gruñó.

—Alguno de tus primos querría disentir —contesté, pensando en la diosa Brigid, que en ese momento gobernaba en Tír na nÓg como primera entre los Fae—. De todos modos, sea cual sea tu decisión, te doy mi palabra de que no enseñaré esta magia a ninguno de ellos en ninguna circunstancia.

—Es justo —respondió después de un momento, y volví a respirar tranquilo—. Muy bien. Tú me enseñarás cómo has conseguido cada

uno de esos talismanes según las condiciones que has dicho, y cómo ligaste el hierro a tu aura, y yo te permitiré vivir por siempre.

Sonriendo, le dije que encontrara un trozo de hierro frío que pudiera utilizar como su amuleto y entonces podríamos empezar.

—Aun así, deberías desaparecer de aquí ahora mismo —me dijo, una vez cerrado el trato—. El hecho de que yo no vaya a llevarte no significa que estés a salvo de otros dioses de la muerte. Si Aenghus te vence, alguno de ellos acabará viniendo a por ti.

—Deja que me preocupe sólo por Aenghus —contesté.

Preocuparme por él era mi especialidad. Si el amor y el odio eran las dos caras de la misma moneda, Aenghus pasaba un tiempo desproporcionado en el lado del odio para ser un dios del amor, sobre todo en lo que a mí se refería. También tenía que ocuparme de los efectos del envejecimiento, y si perdía una extremidad no iba a crecerme otra vez. Ser inmortal no me hacía invencible. Recordad lo que le hicieron las bacantes a ese pobre Orfeo.

—Bien —acordó Morrigan—. Pero primero ten cuidado con los humanos. Al servicio de Aenghus, uno de ellos te encontró utilizando un tipo de herramienta nueva llamada Internet. ¿Tú la conoces?

—Lo utilizo todos los días —contesté, asintiendo.

Tenía menos de un siglo, así que para Morrigan se consideraba algo nuevo.

—Según lo que dice ese humano, Aenghus Óg va a enviar unos cuantos Fir Bolg para confirmar que el tal Atticus O'Sullivan es el anciano druida Siodhachan Ó Suileabháin. Tendrías que haber utilizado un nombre diferente.

—Soy un completo idiota, de eso no cabe duda —respondí, meneando la cabeza, mientras encajaba todas las piezas que explicaban cómo debían de haber dado conmigo.

La expresión de Morrigan se suavizó y, cogiéndome por la barbilla, acercó su boca a la mía. Su túnica negra se desvaneció y quedó ante mí como si hubiera salido de un póster de Nagel. El aroma embriagador de todas las cosas deseables para un hombre volvió a invadirme, aunque el efecto quedó mitigado porque en esta ocasión yo llevaba el amuleto. Me besó intensamente y después me apartó con esa sonri-

ta exasperante, consciente del efecto que producía en mí, con ayuda de la magia o sin ella.

—A partir de ahora lleva el amuleto en todo momento —me dijo—. Y llámame, druida, cuando me necesites. Ahora tengo que ir a dar caza a unos humanos.

Y, con esas palabras, volvió a convertirse en el cuervo del campo de batalla y salió volando por la puerta de mi tienda, que se abrió sola para que pudiera pasar.